LA VENTANA DE MI CLASE

Por Leandro Castro

Paco no sabe cómo explicar a sus hijos que hay maestros que no van al colegio. Que hay niños que no tienen la suerte de poder acudir regularmente a clase. Ellos no comparten eso de la suerte de acudir al colegio. El colegio los obliga a madrugar, a obedecer, a desprenderse de todos esos caprichos que ninguna madre es capaz de negar a sus hijos. El, Paco, cada mañana acude ilusionado como un principiante a su trabajo. No como un maestro que acude al colegio sino como un maestro que va al hospital. Sí, al hospital, porque en los hospitales también hay niños y niñas que no tienen la suerte de poder acudir al colegio cada día.

-Me gustaría que conocieseis a Daniel.

-¿Quién es Daniel papá?

- Un niño. Un niño que no tiene vuestra suerte.

-¿Nosotros tenemos suerte?

-Si. Tenéis mucha suerte, aunque no os deis cuenta. Suerte de disfrutar de una vida de niño.

-¿Daniel no es un niño?

-Sí es un niño pero no puede hacer lo que hacéis la mayoría de los niños.

Daniel ingresó en el hospital hace ya más de tres meses. Lo que iba ser un estudio rutinario se convirtió en un grave problema de salud. El grave problema de salud tornó en un asunto vital ¿Qué puede hacer un niño tantas horas en un hospital? ¡Ir al colegio! Pero si está en el hospital ¿cómo puede ir al colegio? Para cualquiera eso es impensable pero no para Paco. Para él todo es posible.

En su clase nadie se lo pueden creer.

-Daniel va a estar hoy aquí con nosotros –les dice el maestro.

-¿Qué Daniel? –tres meses es mucho tiempo para un niño.

-Daniel Beltrán. El compañero que está malito.

-¿El que está en el hospital?

-Sí.

-¿Ese Daniel?

-Es el único Daniel que ha estado con nosotros.

Daniel no se lo puede creer pero la palabra de Paco es sagrada. Si le ha prometido que verá a sus compañeros tiene que ser verdad. Así, intranquilo, espera en la cama de su habitación.

-Daniel me ha dicho Paco que hoy vas a ver a tus amiguitos.

-Sí. No me lo puedo creer.

-Lo que no consiga Paco... Prepárate que voy a sacarte sangre antes de que te traigan el desayuno –le dice la enfermera con una sonrisa de complicidad.

Aunque puede andar por si sólo está tan débil que el celador prefiere llevarlo en la silla de ruedas. Las enfermeras le saludan cuando pasa. Los auxiliares le gastan bromas. Los médicos les sonreían de forma cordial. Todos sienten por él un afecto especial, a pesar de la resistencia que tienen para encariñarse con un niño que saben se va a ir.

Cuando Daniel cruza la puerta del aula hospitalaria Paco lo está esperando impaciente. No sabe como va a salir el invento pero tiene que intentarlo.

-Siéntate en esa silla Daniel –el niño sin imaginar el final de la historia obede con fe ciega.

-Ahora que hago maestro.

-Abre la ventana.

-¿Qué ventana?

-La que tienes delante de ti.

-¿Ésta?

-Sí, esa.

Daniel pulsa el botón y se abre ante sus ojos lo que tantas veces había visto y permanece grabado en su imaginación.

-¡Hola Daniel! ¿Cómo estás? –parece imposible. A través de la ventana puede ver a don Jaime, el maestro de su colegio. Ve la pizarra, la lámina de la pared con las partes de la flor, el tablón de corcho donde pinchaban los dibujos que hacían de cada tema. Es como estar allí pero sin estar. La pantalla del ordenador es una ventana mágica que lo transporta a su colegio, a su clase.

-¡Hola! –dijo Daniel entre sorprendido y ruborizado -Paco tenía razón, es verdad, es su maestro y está en su clase. En la clase que tantas horas había pasado sin saber que, esas horas, a veces tediosas, son el mejor regalo que podían hacerle hoy.

Don Jaime coge su ordenador portátil y lo gira para que la webcam enfoque la otra parte del aula.

-Un momento que tus compañeros te quieren saludar –un saltarín recorrido por la pared termina frente a sus compañeros, que con la euforia de lo nuevo brincan, saludan y les dicen tantas cosas a la vez que Daniel no es capaz de descifrar. Allí está Juanjo, Adela, Pedro, Matilde, Ezequiel, Alberto, Juliana. Están todos, algunos incluso que no recuerda. Paco lo mira con los ojos vidriosos. Sabe que algo que puede parecer nada en realidad es todo. Algo que le ha devuelto a Daniel la ilusión de ser niño. Sin embargo la felicidad nunca es eterna. El maestro del colegio pone fin a tanto dislate.

-¡Bueno! Ya está bien de celebraciones. Aquí hemos venido a aprender. Así que todos atentos. Daniel coge tu cuaderno. Empezamos la clase.